

## XI

## La cábala filopolita

Un distinguido historiador norteamericano a quien tuve el honor de conocer hace algunos años, decía que la historia política de Chile era la reproducción casi exacta de la de Inglaterra, durante el siglo XVIII, con sus dos facciones aristocráticas en lucha, y la realeza sirviéndoles de equilibrio y procurando dominarlas alternativamente.

El símil es ingenioso, y hasta halagüeño para nuestro orgullo nacional; pero no del todo exacto. Denuncia en su autor un conocimiento imperfecto de los detalles de nuestra crónica. Los whigs y los tories disponían de grandes fuerzas electorales y de opinión, su influencia no era únicamente social y cortesana, aquí ocurrió lo contrario, hasta una época bastante vecina a aquella en que el referido historiador pudo observarnos de cerca.

Los círculos oligárquicos, aislados o reunidos, tuvieron en Chile muy escasa influencia sobre la masa del país antes de 1891: ganaron sus batallas en las antesalas de la Moneda o en los salones de Santiago, nunca en las urnas. La fuerza electoral del Gobierno era bastante poderosa para anular la de todos ellos. El hábito de la obediencia pasiva, la conciencia de que "al fin de cuentas, el Gobierno era omnipotente e invencible", dominaban por completo.

El prestigio de los caudillos intelectuales, de los grandes nombres políticos, pesaba "en la corte"; más lejos, muy poco. Si se exceptúa el séquito personal o las inmediatas relaciones de familia de los aspirantes o candidatos, los personajes más independientes, en Santiago o en las provincias, tenían en su gran mayoría los ojos puestos en el "Gobierno" para obedecer sus órdenes. La masa numérica de la aristocracia territorial fué, después de Portales, mucho menos frondista que sus cabezas directivas.

A medida que, con el progreso de los tiempos, fué creándose una especie de clase media, compuesta de magistrados y funcionarios, de pequeños comerciantes, propietarios y profesionales provincianos, "el Gobierno" no vió por ello disminuído su poder, porque esa clase nueva constituyó antes de mucho, su más segura clientela: Montt la tuvo a su disposición como Balmaceda treinta años más tarde, y en el intervalo, este fué el caso bajo todos los Gobiernos que se sucedieron en el país.

Por eso los círculos y tendencias que llegaron a dominar sucesivamente en la República habían antes dominado "en la corte". Sin previas victorias de estrado o antecámara, la fronda fué siempre impotente. El éxito político no consistía en vencer al Gobierno, sino en "ganar su voluntad", como en las monarquías absolutas. Por mucho tiempo, la fuerza verdadera de la oligarquía fué social y cortesana.

A medida que vayamos recordando la historia política y electoral de los sesenta años que transcurrieron entre 1830 y 1891, se verá hasta qué punto es verdad lo que acabamos de decir. Los hombres que sólo han vivido en la época de la independencia de los partidos, y de la abdicación presidencial, en plena oligarquía parlamentaria, apenas se dan cuenta de cómo algunos movimientos políticos que parecían contar con casi todos los elementos de significación en la República, resultaban impotentes en las luchas de opinión, cuando pretendían obrar como los whigs y los tories de Inglaterra. No es raro que se haya atribuido erróneamente a la violencia, casi al terror, el éxito invariable y aplastador del Gobierno. Se olvida que tales movimientos sólo tenían verdadera fuerza ante círculos muy reducidos de politiqueros profesionales, y que más lejos de allí sólo existía una masa inerte que no era conservadora, ni liberal, ni aristócrata, ni demócrata, sino pura y simplemente "gobiernista" y que sólo aspiraba a formar en el séquito del eterno triunfador, parte por interés, parte por tradición.

En muchas provincias, los políticos entusiastas, de ideas definidas, sobre todo cuando eran opositores, ganaban fá-

cilmente la reputación de "hombres díscolos", de "malas cabezas". Casi constituían en la sociedad un fenómeno morboso.

Esta circunstancia ayuda a comprender el carácter del liberalismo tradicional: "nuestra fronda whig". Desde su tímido ensayo filopolita, en 1835, cuando aún vivía Portales, se ha mostrado mucho más consecuente consigo mismo de lo que pudiera creerse. El ansia de independencia y dominación que lo alentaba, era, en cierto modo, hereditario; pero vino a ser fortificado por fuerzas espirituales de origen mucho más moderno. Una política constitucional y parlamentaria de grande estilo, con sus influencias compartidas entre los jefes aristocráticos, la decadencia consiguiente del presidencialismo absoluto, el reemplazo del poder del Gobierno por el de los partidos, el predominio del civilismo jerárquico, eran anhelos ya visibles aún bajo el gran silencio que sucedió a 1830.

En el fondo de ello había poco de revolucionario y mucho menos de romántico. Basta comparar las cartas de Junius de Benavente (1840) con la Paz Perpetua a los chilenos de Vicuña, para medir el abismo que mediaba entre el liberalismo nuevo y los sueños rousseauinianos del escritor pipiolo. En las cartas de Junius vemos el germen de algo que va a crecer con los años y acabará por triunfar. En el periódico de Vicuña, sentimos los últimos estertores de un ensayo de régimen vencido e irremediablemente condenado al fracaso.

Aparentemente, nada más absurdo que el movimiento filopolita. Intriga de antecámara, fraguada en el mismo Ministerio del General Prieto. Sus jefes aunque figuraban no sólo entre los hombres más hábiles e ilustrados, sino entre los más sagaces de la política de entonces, y constituían el núcleo, el estado mayor de Portales, se embarcaron, sin embargo, en una aventura sólo comprensible muchos años más tarde en los tiempos del "salón colorado" y del "salón verde" del Club de la Unión.

Es que, para emplear una expresión vulgarísima, Portales "había dejado el rabo por desollar". Cuando se retiró a Valparaíso en 1831, ni O'Higgins, ni el caudillaje, ni

los pipiolos eran ya de temer, y la clase aristocrática estaba dominada y parecía unánimemente afecta al nuevo orden de cosas.

Sin embargo, algunos de sus jefes más ambiciosos e influyentes, Errázuriz, Gandarillas, Benavente, habían soñado acaso con otro régimen que la restauración lisa y llana del absolutismo colonial. Se mantuvieron quietos, mientras duró el peligro democrático y militar; pero, una vez restablecido el orden y la obediencia en las masas y en el Ejército, ensoberbecidos por una victoria que creían suya, volvieron a gritar: "Junta queremos", como en 1810 y en 1823. Portales, que había aplastado sucesivamente no sólo a sus enemigos, sino a sus aliados de 1829, no contó, seguramente, con este nuevo amago de fronda aristocrática y oficial: fué su grande, su único error en política. Subsistía un peligro que vencer, un orgullo que domesticar.

Los filopolitas no consiguieron turbar ni la superficie del "gran silencio". Su único éxito fué que Portales se viera obligado a salir de su retiro, para dispersarlos con su presencia. Se apeó una noche de su carruaje de camino, junto a una humilde casa de la calle de Santo Domingo; al día siguiente por la mañana obtenía sus despachos de Ministro; veinticuatro horas más tarde, ya no había filopolitas.

Ante la crítica, nada más insignificante que esa cábala oscura que pretendió especular con el espíritu conciliador y la supuesta debilidad del General Prieto, y que no contaba con ningún elemento de triunfo. Pero la historia debe ver en ella un germen; y, además, sus consecuencias ulteriores fueron a la vez y por accidente, trágicas y grandiosas.

Sin la aventura filopolita, Portales habría sido siempre un hombre de genio, pero no un mártir.

X

## XII

## La primera fronda parlamentaria

El movimiento filopolita fué el presagio, la vanguardia, de algo que tarde o temprano había de suceder. Pero la fronda aristocrática "a estilo whig", así como estalló en 1850, pudo haber permanecido en estado latente por mucho tiempo más. Su origen fué accidental.

La sociedad política de Santiago nunca había parecido más dócil que en los años anteriores a esa crisis. En 1846, con motivo de un insignificante alboroto callejero provocado por una media docena de bullangueros, restos infelices y olvidados del pipiolaje, esa sociedad hace por primera vez acto público de presencia, como elemento de opinión. Desde los antiguos filopolitas hasta los "godos" ultras, todo el mundo se agrupa entusiasta alrededor del Gobierno. Ningún nombre grande del pasado o del porvenir, deja de inscribirse en "La sociedad del orden". Cualesquiera fuesen los matices ideológicos que distinguían a sus miembros, todos estaban unánimemente de acuerdo en que, para emplear la expresión de don Domingo Santa María, secretario de la Asociación, la tentativa de resucitar la política de agitaciones populares "era un insulto al buen sentido nacional".

Pero era ya un presagio el que la sociedad hubiera salido de su actitud de obediencia pasiva y silenciosa, para actuar públicamente "aún para aplaudir". Junto al absolutismo se insinuaba una fuerza nueva. Hay aliados peligrosos.

Tres años más tarde, el Ministro del Interior, don Manuel Camilo Vial, al hacer su lista del nuevo Congreso, la llena con miembros de su familia, con sus paniaguados y protegidos, y olvida deliberadamente algunos de los más altos nombres de la época: Varas, Tocornal, García Reyes,

Gallo, Ortúzar, figuran entre los excluidos. Es que el Ministro deseaba prepararse desde el Gobierno la sucesión presidencial.

El hecho causó cierto escándalo en los salones de Santiago, y don Manuel Montt, que representaba la extrema derecha del portalismo, se acerca respetuosamente al general Bulnes, y le pide el remedio de aquel malicioso olvido. El Presidente se niega a hacerlo, y Montt le notifica siempre con el mismo respeto que él y sus amigos van a trabajar independientemente en las elecciones, para hacer triunfar a los personajes excluidos.

Si se hubiera arrojado una bomba en la antesala presidencial, el hecho no hubiera causado mayor indignación y estupor. El prudente general Bulnes califica la intimidación recibida de anarquía e indigna de hombres honrados y patriotas. En ello era sincero. Dentro del sistema establecido en 1830, trabajar electoralmente "contra las miras de la Administración" constituía una especie de traición.

Sin embargo, Montt tenía tras sí a casi toda la opinión aristocrática. El atentado se consuma, y sus amigos dan la batalla en una media docena de departamentos. Lo que pinta el estado electoral del país entonces es el hecho de que esa primera fronda "de la extrema derecha", como diríamos ahora, fué vencida en las provincias más feudales y conservadoras: en Colchagua, en Quillota, en Casablanca. Pero, cosa inaudita antes de entonces, la rebelión de los ultras logra imponerse en algunos distritos en que comenzaba a existir un amago de opinión independiente: Gallo, triunfa en Copiapó; Vallejo, en el Huasco; Tocornal, en Valparaíso; García Reyes, en la Ligua. ¡Una oposición había logrado hacer elegir cuatro candidatos!

Para el Gobierno éste era un desastre sin precedentes. Bulnes comprendió que faltaba a su Ministerio el apoyo de los "hombres de juicio y séquito"; don Manuel Camilo Vial fué despedido sin contemplaciones, y en el nuevo Gabinete figuraron en primera línea "los anarquistas y traidores" que se habían atrevido a hacer frente al poder en el campo electoral.

Este súbito cambio de frente vino preñado de conse-

cuencias trascendentales. El Congreso elegido por el Ministerio dimisionario, como los anteriores y los que le sucedieron, estaba compuesto en su inmensa mayoría por hombres sin otro principio fijo que el de obedecer al Gobierno; pero los amigos y parientes de Vial formaban dentro de él un grupo bastante numeroso de personas irritadas por la aparente veleidad de don Manuel Bulnes, y que aspiraban a ganarse de nuevo al Presidente. Por otra parte, los adversarios de Vial formaban otro grupo bien definido, aunque menos numeroso. He aquí el hecho verdaderamente revolucionario: dentro de la Cámara **había ya partidos**.

Uno de éstos, el del Ministerio caído fué, como se sabe, el origen de la primera **fronda liberal**. Los acontecimientos, los vínculos de familia y de círculo, no los principios, habían agrupado a esos hombres; si se exceptúa a Lastarria, no se encuentra en ellos ningún doctrinario. Bastaría borrar de esa lista a los Vial, a los Errázuriz y a los parientes próximos de estas poderosas tribus santiaguinas, para dejarla reducida a la nada.

No eran, en conjunto, ni más ni menos avanzados que el resto de los pelucones. Figuraban entre ellos algunos de los más formidables y fieles lugartenientes de Portales, como Urizar y Alemparte, y el grueso de sus filas estaba formado por personajes de los círculos más tradicionalistas y devotos de la capital. Algunos eran sí, bastante jóvenes, y como hubieron de hacer su aprendizaje político en guerra contra la autoridad, llegaron a empaparse, poco a poco, en cierto espíritu liberal más o menos sincero.

No se olvide que el abandono del Presidente había dejado al séquito de Vial sin otro apoyo que una situación parlamentaria, que imaginaban más sólida de lo que era en realidad. Dígase lo que se quiera, esa Constitución de 1833, tan execrada como absolutista, consagraba si no en su espíritu, en el texto de sus disposiciones, la supremacía del Parlamento, la cual había quedado en el papel, como todo el sistema representativo, sólo en virtud de una realidad superior a las leyes escritas: la restauración del absolutismo colonial, en el hecho, en el sistema de gobierno y en el alma misma de la sociedad.

Los diputados vialistas, sin mucha experiencia, por lo general, de las verdaderas fuerzas de la política, abogados en su mayoría, y creyentes por tanto en el poder invencible de las instituciones jurídicas, se imaginaron que mediante el uso de las facultades legales del Parlamento, podrían rendir la voluntad del Presidente y reconquistar el poder que habían perdido. Así, insensiblemente se vieron arrastrados, como los whigs de Inglaterra, a exagerar el poder parlamentario "sobre las prerrogativas de la corona". Esta circunstancia accidental contribuyó, más que nada, a teñir de parlamentarismo, desde su origen, a la nueva fronda.

Pero la campaña resultó desgraciada. La mayoría de la Cámara no se dejó arrastrar a soluciones decisivas, y los vialistas sólo consiguieron enemistarse para siempre con el Presidente Bulnes. El país ni siquiera se dió cuenta de lo que ocurría en Santiago. Por un instante, las provincias se sintieron desorientadas: **no sabían a quién iban a obedecer.** La voluntad de Bulnes era un enigma: dos de los Ministros, Tocornal y García Reyes, propiciaban una solución de concordia con los vialistas; en cambio, don Joaquín Pérez, jefe del Gabinete, maniobraba ocultamente en favor de Montt.

Pero la nerviosa impaciencia de la juventud vialista sirvió aún mejor la causa de este ilustre estadista. Uno a uno se sucedieron los golpes de audacia: primero, un intento de censura al Ministerio, en seguida la proclamación de una candidatura presidencial independiente, más tarde el establecimiento de un club político y un proyecto de reforma constitucional, por último, la proposición de postergar las leyes de subsidios, mientras se hacían avances y promesas a los escasos y desencuadrados restos del pipiolaje. Todos y cada uno de estos actos insólitos entonces llevaron a su colmo la irritación de un Presidente celoso de su autoridad, que se sabía el guardián de una gran tradición, y que pocos meses antes había calificado de "anárquica" la simple presentación de unas pocas candidaturas parlamentarias, con independencia del Gobierno. En respuesta al desafío de los vialistas, Bulnes llamó al Ministerio a don Antonio Varas, el más destacado de los lugartenientes de don



Manuel Montt, y luego después a don Máximo Muxica, el absolutismo en persona.

La nutrida documentación pública y privada de la época deja en el ánimo la certeza de un hecho innegable, que aún los historiadores liberales han confesado: el país había permanecido por completo indiferente y ajeno a esas maniobras parlamentarias de antecámara. Don Manuel Antonio Tocornal, cuando declaró ante el Congreso que "no existía otra agitación en la República que el empeño de media docena de individuos de Santiago, por escalar los amargos puestos que ocupamos", no exageraba en un ápice la verdad.

El nombramiento de Varas tuvo un efecto análogo al de la vuelta de Portales al Ministerio en 1835. Decidida la voluntad del Presidente, el Congreso perdió sus últimas veleidades de independencia, y la primera fronda liberal pareció que iba a tener el mismo desenlace que la fronda filopolita.

Las resistencias del pequeño grupo oligárquico, creado por Vial desde su gabinete de Ministro, en las elecciones de 1849, estaban desarmadas, sin que se hubiese alterado en lo menor el espíritu de incondicional obediencia que reinaba en la capital y en las provincias.

Si existía algún sentimiento "político" en el país, era el deseo casi unánime de que no se alterase aquella paz de veinte años, a cuyo amparo, la última de las colonias españolas, se había transformado en la República más próspera y ordenada del continente. Ello debió quedar muy bien comprobado un año más tarde, cuando el círculo frondista santiaguino, reducido a la impotencia en el Parlamento, hubo de suscitar contra el orden de cosas existente la espada de los pronunciamientos.

## XIII

## El primer intento de agitación popular

Vencida en la Moneda y en las Cámaras la primera fronda parlamentaria, los más jóvenes y ardorosos de sus caudillos no se resignaron, desde luego, a la derrota. La indiferencia política del país, su adhesión pasiva al orden de cosas existente, no les permitían tampoco poner sus desmayadas esperanzas en una campaña electoral. Había que intentar otros recursos. El primero de que echaron mano, el de las agitaciones populares, estaba, naturalmente, condenado a irremediable fracaso. Aquel ensayo constituye, sin embargo, un episodio de interés. El espíritu de fronda y resistencia a la autoridad del Gobierno, desarrollado durante las campañas parlamentarias de 1849, despertó en los jóvenes adalides de la oposición, el germen de sentimientos francamente revolucionarios. Los trastornos que habían sacudido a Europa en 1848, y la literatura más o menos poética del liberalismo romántico, contribuyeron a exaltar estos sentimientos y a darles forma. Fué el tiempo en que las novelas históricas de Dumas (padre) y los idilios en prosa de Lamartine sobre la Revolución Francesa, (Los Girondinos, por ejemplo), estuvieron en boga. Las pasiones políticas sobrexcitadas y el ansia de imitación llevaron, pues, a esos jóvenes aristócratas que cuatro años antes habían considerado un "insulto al país" algunos gritos descompuestos en la calle pública, al extremo de considerarse a sí mismos, nuevos jacobinos y girondinos, cuya misión era acaudillar al pueblo "oprimido" para destruir el "oprobioso absolutismo" que tenía encadenada a la República.

Así como las revoluciones francesas de 1789, 1830 y 1848, se habían hecho en París, la chilena, imitación de aquellas, había de ser santiaguina, y de barricadas, con árboles de la libertad, tribunos y masas enfurecidas que mar-

charían al asalto de la Bastilla y de las Tullerías, o sea, del cuartel de San Pablo y de la Moneda.

A la vista y paciencia de aquel "feroz e intransigente despotismo" organizaron, o mejor dicho, prohicaron bajo el nombre de "Sociedad de la Igualdad" una serie de clubs, "para enseñar al pueblo el uso de sus derechos imprescriptibles" y también para adiestrarlo en el motín.

El autor de esta idea peregrina fué don Santiago Arcos, joven nacido en Chile, pero educado en París, donde le tocó ser testigo de las turbulencias de 1848; el Gobierno había desahuciado a su padre (un banquero opulento), que deseaba obtener el privilegio de emitir billetes a la vista y al portador, como nuestro Banco Central de ahora.

Aquel revolucionario positivo y plutocrático, encontró un aliado muy diverso por su temperamento: el joven don Francisco Bilbao, que se había dado a conocer algunos años atrás por un escrito difuso, oscuro y sin arte, contra el orden social existente en Chile, pero que adquirió cierto renombre debido a las "inquisitoriales persecuciones de que fuera objeto", y que consistieron, dejando a un lado la fraseología romántica, en una multa a que lo condenó un jurado de imprenta. Los padres del joven Bilbao le enviaron entonces a Europa a que perfeccionase sus estudios "filosóficos". A su vuelta a Chile, el Gobierno de don Antonio Varas, "miserable esbirro del obscurantismo", le colocó de empleado en la Oficina de Estadística: como se ve, aquel genio ignorado era víctima de la más implacable y feroz tiranía.

*Parcialidad impropia, Dr. Edwards.*  
Bilbao no asistió nunca a la oficina, sino para cobrar su sueldo; pero, en cambio, fué el orador más popular y aplaudido en los clubs de la Sociedad de la Igualdad. Sin embargo, sus discursos y escritos de aquel tiempo no sólo carecían de sentido común, sino de sentido de cualquiera especie. Eran simples agrupaciones de palabras, que nadie puede entender y que recuerdan, como dice Vicuña Mackenna, "los incoherentes soliloquios de los que han perdido el juicio". Es probable que el del joven Bilbao no estuviera muy firme: el delirio místico era hereditario en su familia.

Su abuelo fué uno de esos franceses que en 1780 quisieron convertir la colonia de Chile en una República de estilo árcade o ateniense, por la sola virtud de un manifiesto absurdo que habían escrito.

Respeto las opiniones ajenas, en cuanto al valor de la filosofía y la oratoria de Bilbao; pero en cuanto al efecto que me produjo a mí, voy a hacer un recuerdo, que no deja de ser curioso.

Hace treinta años era aún costumbre en épocas electorales que los partidos animaran sus "choclones" con arengas de tribunos "de profesión", que alternativamente arrendaban sus servicios a los radicales, a los conservadores y a todos los candidatos. En una asamblea de Valparaíso, a que yo asistía, uno de estos oradores a sueldo subió a la tribuna, y en medio del más extraordinario entusiasmo, comenzó a vomitar una serie de incoherencias inverosímiles, sin sentido de ningún género. Aquello eran palabras que sonaban y nada más.

El espectáculo me dió lástima. "Esto es abusar demasiado de la inconsciencia de esta pobre gente", dije a mi vecino.

Una nueva salva de aplausos me cortó la voz.

"Ya usted lo ve, repuso mi interlocutor, esto es lo que les agrada".

Cuál no sería mi sorpresa, algunos meses más tarde, cuando al leer uno de los boletines de Bilbao, reconocí que la arenga ininteligible y absurda que me había escandalizado como una falta de respeto a la ignorancia de la plebe, era una de las producciones "del gran filósofo, autor de la revolución moral en Chile". Fueron entonces los admiradores semicultos de Bilbao los que me dieron lástima.

Había olvidado recordar que la escena referida se produjo en un club conservador, cuando la candidatura coalicionista de don Federico Errázuriz. Los aplausos de 1896 explicaban de sobra el valor y el alcance de los aplausos de 1851. Agréguese a ello una melena descomunal, unos ojos en que relampagueaba el delirio, y una voz agradable y sonora, y el fenómeno quedará todavía mejor explicado.

Dadas las circunstancias del país en la época de Bul-

nes, no es raro que los clubs populares causaran bastante alarma, en Santiago y en las provincias; pero el Gobierno parece no haber participado de estos temores; a lo menos dejó que la propaganda revolucionaria se hiciera libremente: su deseo de aparecer tolerante y moderado explica en parte esta actitud; quizá don Antonio Varas no creía tampoco en la eficacia práctica de esas agitaciones, y si así fué, los acontecimientos probaron que estaba en lo cierto.

En la conducta del Ministerio pudo haber también algo de interés político. Imaginaron que esos clubs alborotadores separarían de la oposición a algunos hombres de juicio y edad, que llevados por las circunstancias o los compromisos, habían contribuido desde el principio, a dar aire a la fronda.

Pero en tiempos de lucha política, es muy raro que alguien retroceda por consideraciones de índole doctrinaria. Así, la única rama provinciana de la Sociedad de la Igualdad, la de San Felipe, fué establecida por uno de los miembros más maduros y reaccionarios de la oposición: don Fernando Urizar Garfias, el íntimo amigo, el inexorable vengador de Portales en 1837. En tales momentos, sólo las pasiones irritadas dejan oír su voz.

En todo caso, el intento de agitación popular fracasó por completo. Los obreros acudían, es cierto, a los clubs igualitarios, por curiosidad y amor al ruido; se embriagaban allí con palabras que ni ellos ni nadie era capaz de entender; desfilaban tras de Bilbao y sus aristocráticos aliados, con la misma fe oscura e inconsciente con que tomaban parte en las procesiones de la Iglesia, aplaudían hasta el frenesí, y regresaban a sus hogares.

Pero, por muchos años todavía, las masas no serían en Chile una fuerza política eficaz, ni siquiera para el trastorno.

Así fué que, cuando los seides de Urizar Garfias lograron sorpresivamente deponer al Intendente de Aconcagua, el orden fué restablecido en pocas horas por la población misma y las milicias cívicas, sin que la autoridad central hubiese tenido tiempo de intervenir.

Pero, aunque en forma local y momentánea, el orden público material había sido perturbado, y el Gobierno hu-

*Cita de un escrito al sectarismo del L. Edwards,  
ya que se cuenta de él francamente.*

bo de abandonar su política de contemplaciones. Se proclamó el estado de sitio en Santiago y Aconcagua; la Sociedad de la Igualdad fué disuelta, y se condenó a la deportación a un corto número de cabecillas.

El efecto de estas medidas fué instantáneo. Toda aquella artificial agitación se desvaneció, como si nunca hubiera existido. No hubo barricadas, ni protestas, ni se oyó siquiera un grito en las calles.

Cuando pocos meses más tarde el coronel Urriola sublevó en Santiago un regimiento contra el orden establecido, o mejor dicho, contra la candidatura civil de don Manuel Montt, los opositores habían contado con que miles de igualitarios iban a coadyuvar al movimiento. Sucedió lo contrario: el pueblo obrero de Santiago, al primer toque de llamada, corrió en masa a los cuarteles cívicos para hacerse matar en la calle de las Claras, defendiendo... al Gobierno contra el coronel rebelde. "El 20 de Abril, dice un historiador, la Sociedad de la Igualdad se batió contra la Sociedad de la Igualdad". Al lado de Urriola sólo tomaron puesto algunas decenas de civiles, pertenecientes en buena parte a la clase acomodada; unos pocos obreros y viejos agitadores de la época pipirola completaban el total.

"¡Me han engañado!", exclamó Urriola al morir en la contienda. En verdad de las cosas, los inspiradores del motín se habían antes engañado a sí mismos.

No era llegado en Chile el tiempo de las revoluciones a la francesa.



### Los "pronunciamientos" de 1851

Por muchos años hemos repetido en clase de indiscutible aforismo, un concepto que a lo menos merece alguna revisión. Se dice que estas Repúblicas hispanoamericanas son

"países nuevos" y que a su inexperiencia como tales debamos atribuir sus desventuras y turbulencias.

El distinguido profesor de nuestra Universidad, don Carlos Keller, ha dado muy buenas razones en contra de esta tesis.

¿No somos acaso españoles trasladados al suelo de América? ¿Por qué nos habría rejuvenecido el viaje? ¿Es que son nuevas nuestras creencias, nuestras ideas y formas sociales, nuestras artes, nuestra psicología misma? ¿Nos sentimos espiritualmente más jóvenes que los españoles europeos? ¿Existe algún síntoma que revele en nosotros una raza, un pueblo que comienza a vivir las primeras y balbucientes etapas de una civilización en la infancia?

No es mi ánimo abordar este hondo problema de filosofía. Pero, sin salir del terreno de los hechos históricos, hay uno que parece dar la razón al profesor Keller: el paralelismo entre la vida política de España y la de sus colonias. En efecto: los fenómenos que presenciarnos en la vieja monarquía europea durante el siglo XIX son de naturaleza análoga a los que atribuimos aquí a nuestra pretendida juventud.

Claro está que existen diferencias, pero accidentales y de un orden inferior a las que se pueden observar entre los mismos países de este lado del Atlántico, y aún entre las provincias de algunos de esos países, como resultado del mayor o menor asiento de las poblaciones, del clima, de las formas agrícolas o industriales, del régimen de la propiedad, o de otras circunstancias análogas.

España no ha manifestado mejores aptitudes que sus hijas para adaptarse a las formas políticas que en otros países europeos funcionaron con éxito durante algunas generaciones. Desde que la muerte de Fernando VII dejó el trono prácticamente acéfalo, la madre patria cayó, como las Repúblicas de este lado del Atlántico, bajo el régimen de los pronunciamientos militares. Espartero, O'Donnell, Prim, Serrano, Narváez, desempeñaron allá el mismo papel que nuestros pretendientes y caudillos sudamericanos. Caído el trono, en 1868, la anarquía llegó a extremos que aún en las antiguas colonias habrían causado escándalo.

Allá como aquí, la misma impotencia de la opinión pública burguesa para organizarse en grandes fuerzas de opinión colectiva, y para practicar, por tanto, con sinceridad, el régimen representativo.

Restablecido con la monarquía, a lo menos el orden material, no por eso se produjo el milagro. Las elecciones se hacían de real orden, sin intervención violenta, pero ante la indiferencia del país. Fué el régimen de las pandillas políticas madrileñas alternándose en el poder y seguras de alcanzar la mayoría en los comicios, desde que disponían del Gobierno. El trono, como poder moderador y relativamente imparcial, servía de válvula a las ambiciones demasiado impacientes. Esa ventaja llevó España a la mayor parte de estas Repúblicas; pero era una ventaja accidental.

"No somos más jóvenes que España, dice Keller, sino tan viejos, por desgracia, como ella". Hemos recordado que después de Portales, en Chile hubo también algo como un trono. Mientras conservó intacta su fuerza espiritual, resistió mejor que el de Madrid las acometidas del caudillaje, y más adelante, desde 1861 hasta 1891, se constituyó también con cierto éxito, en árbitro de los partidos, los cuales no contaban tampoco aquí con la base de una opinión pública bien organizada, y por tanto, apenas podían vivir fuera del amparo del poder.

Los movimientos revolucionarios de 1851 pertenecen al tipo clásico del pronunciamiento español. Ni siquiera los encabezan caudillos de ideas adversas al Gobierno. Urriola y Cruz son conservadores. No levantan la bandera de reformas trascendentales. Urriola, a la moda de Madrid, pide un cambio de Ministerio; Cruz, la nulidad de las elecciones.

Portales había refrenado el caudillaje, más bien con su hábil táctica política que con medidas de rigor. Concepción era la metrópoli militar de Chile. La sociedad de aquel pequeño pueblo, de 8 a 10,000 habitantes, no era ni rica, ni culta, ni influyente, pero sí temible: estaba vinculada a los generales del Ejército de la frontera, algunos de ellos también de cuna patricia y grandes propietarios terri-



toriales. Desde la Independencia, Concepción hubo de ser escuchada.

El gran Ministro de 1830, no lo ignoraba, y de allí su empeño en poner a la cabeza del país a un general pencon. Así se evitan los peligros, saliéndoles al encuentro. Por dichoso accidente, el vencedor de Yungay era no sólo el jefe militar de más prestigio, sino también hijo de Concepción.

Por veinte años, la sociedad política de Santiago hizo leyes y administró el país bajo el tranquilo amparo de la espada de Penco.

Lo que pudo ser una amenaza constante de desorden, se había convertido en elemento importante del edificio de la República "en forma". Ello era sólo decorativo, si se quiere, y nada significaba para los intereses prácticos; pero, los ingleses, grandes maestros en política, saben que esas exterioridades tienen su valor; ya Eduardo I hizo nacer a su hijo en el pequeño país de Gales, y aseguró así la fidelidad de esas tribus turbulentas.

Por eso Vicuña Mackenna dice con mucha razón que el candidato lógico de la tradición conservadora era el general Cruz. Don Manuel Montt, en el sentido de que venimos hablando, fué una innovación peligrosa, quizá un tanto prematura. Su alta y prestigiosa personalidad representaba mejor que ninguna la gran tradición de Portales, en el terreno ideológico, en la administración y en la política; pero no había nacido aristócrata de Santiago, ni era tampoco militar de Concepción. De allí las resistencias que encontró en las mismas fuerzas cuya tradición encarnaba; de allí la rabia inextinguible de sus enemigos de la capital, de allí la rebelión del Ejército del Sur.

Los jefes opositores de 1849 habían pensado en movimientos militares, pero al estilo pipiolo, esto es, corrompiendo clases y oficiales subalternos; la idea de oponer a Montt un caudillo de prestigio que arrastrase tras sí al Ejército, no entraba, a lo que parece, en sus planes. Los generales de renombre eran, en efecto, conservadores. Aún Freire fué partidario de Montt, y uno de sus electores.

Cuando a principios de 1851, el Intendente de Concep-

ción y jefe del Ejército del Sur, don José María de la Cruz, se hizo proclamar candidato a la Presidencia de la República, en la capital de su provincia, no pensó, ciertamente, en efectuar un acto revolucionario. El Presidente Bulnes, su primo, no se había manifestado todavía; él era sinceramente adicto al Gobierno y de ideas conservadoras; su candidatura, lejos de interrumpir una tradición, la continuaba. Además, el general Cruz conocía de sobra el estado de la opinión del país y la del Sur; en su correspondencia con Varas, manifiesta que toda ella era unánimemente partidaria del orden de cosas establecido. Su idea íntima fué la de ofrecer al Presidente, de cuya resistencia personal a la candidatura Montt se hablaba mucho todavía, una solución tranquila y conservadora del problema político.

Pero el general Bulnes había ya probado que no gustaba de esas insinuaciones que olían a amenaza y a desconocimiento de su autoridad, y la proclamación de Cruz decidió definitivamente su actitud. Montt fué desde entonces candidato **oficial**.

La oposición, ya vencida y desarmada, no tuvo otro remedio que plegarse a Cruz: "se trataba de naufragio, y cualquier tabla parecía buena", dice Vicuña. Algunos de los jefes de la fronda se trasladaron a Concepción a alentar en el ánimo del general candidato la idea de la lucha electoral contra el Gobierno primero, y la de resistencia armada, después. Otros se dedicaron a conspirar con los jefes militares de la capital.

Unos y otros obtuvieron éxito esta vez.

El 20 de abril de 1851, el coronel Urriola sublevó en Santiago un regimiento. Era ese jefe, un militar de prestigio y popularidad en el Ejército, de rancia nobleza y espíritu inquieto, que durante las turbulencias de la era pipiola, había sido uno de los caudillos más esforzados de la fronda pelucona. Experto en las lides revolucionarias, sus ideas eran, no obstante, profundamente conservadoras. Se

embarcó, no obstante, en aquella aventura, llevado de un resentimiento personal contra el Presidente Bulnes (1).

El descontento que la candidatura civil había despertado en el Ejército, permitió a Urriola encontrar apoyo en una parte de la oficialidad y de las clases del Valdivia, y su audacia hizo lo demás. Pero el motín fué vencido por las milicias y las tropas fieles. El pueblo, cuyo auxilio se le había prometido, permaneció indiferente, o se batió en los batallones cívicos contra la revuelta.

Las elecciones presidenciales se verificaron en completa libertad material. Ni aún en las reclamaciones de la oposición se hace mención de acto alguno de violencia. Montt triunfó fácilmente en toda la República, salvo en Concepción, cuyas autoridades, desde el mismo candidato intendente hasta el último gobernador, eran crucistas.

Este resultado originó el segundo pronunciamiento de aquel año, el del Ejército del Sur. Ni siquiera en el Norte las tropas permanecieron constantemente fieles. Pero la revuelta se encontró ante un país indiferente u hostil a aquel movimiento que decía iba a redimirlo, y en pocos meses fué vencido por "el peso de la noche". El genio de Portales combatió en Loncomilla al frente de los cuerpos improvisados sobre las milicias cívicas que él creara. Desde su tumba asestó aquel último golpe al caudillaje.

Algunos hechos sugestivos prueban hasta qué punto la masa del país fué extraña a ese pronunciamiento.

---

(1) El señor Vicuña Mackenna ha querido teñir con cierta aureola romántica la actitud del coronel Urriola, y la atribuye en parte, a reminiscencias carrerinas conservadas a través del tiempo en el pecho de aquel valeroso caudillo. Eso es pura novela. Nada había de carrerino en el movimiento de 1851, cuyo jefe y candidato era el más fervoroso o'higginista de los que aún vivían: su fidelidad a aquel jefe fué causa de su desavenencia con Portales, en 1831. En cuanto al carrerismo de Urriola, basta recordar un hecho para apreciarlo: cuando en 1827 el doctor Rodríguez Aldea vino a trabajar a Chile por la restauración de O'Higgins, sólo encontró cinco o'higginistas bastante seguros y resueltos para merecer su confianza; esos cinco o'higginistas, los únicos a quienes ese cauto político comunicó sus planes, fueron: Prieto, Echeverría, Acuña, Basso y Urriola.

El general Bulnes salió desde Santiago a combatirlo, sin más tropas que cincuenta granaderos de su escolta. Iba a armar a los pueblos, como pudiera haberlo hecho el jefe de una revolución democrática.

Dos meses más tarde, en vísperas de la batalla de Loncomilla, falleció en Santiago el general Freire. El Gobierno hubiera querido rendirle los honores militares, debidos a su rango y servicios; pero no pudo hacerlo. ¡En esa capital que los escritores románticos pintan sometida al terror, y dominada por la fuerza bruta del despotismo, no había un solo piquete de soldados!

Era el alma del país la que estaba sometida, como lo estuvo tres siglos durante el período colonial.

## XV

### Los orígenes de la fronda Tory

No se ha escrito, que yo sepa, un solo retrato de don Manuel Montt que valga la pena de ser leído: allí fracasó hasta el gran Sarmiento, a pesar de su honda filosofía de las realidades, de su brillante imaginación y de la riqueza de su colorido. Es que esa alta personalidad de nuestra historia "no se deja tomar". Hay en ella un exceso de equilibrio, falta de sombras y contrastes, una armonía superclásica: no es posible dar relieve e interés a la descripción de una figura geométrica, aunque ella tenga la majestad y proporciones de las pirámides; sólo se logrará dar una idea banal de algo que no es banal.

Don Manuel Montt estaba adornado con todas esas cualidades que nos hemos acostumbrado a considerar características del gran estadista burgués del siglo XIX: patriotismo, talento, energía, buen sentido, elocuencia, saber, laboriosidad, respeto a la ley, honradez, corrección, consecuencia doctrinaria y espíritu público; pero esas virtudes

tan equilibradamente dispuestas, tan iguales en su magnitud, que sólo se puede caracterizar al personaje, diciendo que las poseía todas por parejo, y en el más alto grado. No pretendo hacer sentir la grandeza de esa desesperante y monótona armonía: ¡ojalá el lector comprenda siquiera la dificultad de hacerlo!

Y su vida es como su alma: no conoció la juventud ni la vejez: fué siempre maduro. Ministro a los treinta años, Presidente a los cuarenta, jefe de partido hasta su muerte, lo encontramos eternamente igual a sí mismo.

Su carrera no es la de un creador genial, como Portales, ni siquiera la de un estadista sudamericano. Se parece más bien a la de los grandes Ministros de las monarquías burocráticas. Llegó al primer puesto de la República en edad temprana, pero por riguroso ascenso. Su vida privada estuvo exenta de expansiones y pasatiempos, y si la sociedad repartiese premios de conducta, él lo habría ganado o merecido. En su vida pública nada tampoco hay de audaz, de imprevisto, de pintoresco.

El legislador que dicta una Constitución, el Ministro que concibe una reforma administrativa, se forjan sin quedar un ideal abstracto, y, en general, poco humano, del gobernante o del funcionario que va a realizar sus concepciones. El mejor elogio que pueda hacerse de don Manuel Montt, sería decir que era algo como la encarnación viviente de uno de esos ideales sin relieve y colorido, pero profundamente armoniosos y equilibrados, que el legislador imagina al redactar códigos.

Don Manuel Montt era el "Presidente de la República", tal como sin duda lo soñaron los constituyentes de 1833. Fué la Constitución hecha carne.

En Chile ha habido bastantes hombres de ese tipo. La superioridad de don Manuel Montt, como la de las pirámides es, simplemente, cuestión de dimensiones. Sin apartarse de un modelo clásico convencional, lo realizaba con perfección y a gran escala. De allí la dificultad insuperable de "hacerle sentir" en todo su valor sin caer en la vulgaridad.

Había nacido para "realizar y conservar", fué, por

tanto, un perfecto hombre de Gobierno, pero no un precursor, ni un apóstol del porvenir. "A cada hombre su tarea", dicen los franceses. Don Manuel Montt llevó a cabo la suya en forma heroica y eminente: no podemos exigirle más.

Empapado en el espíritu de Portales y aún más en la tradición jurídica de 1833, su rigorismo doctrinario fué absoluto, como el resto de su alta personalidad. Era "el Jefe Supremo de la Nación, cuya autoridad se extiende a todo cuanto tiene por objeto la conservación del orden público en el interior y la seguridad exterior de la República, guardando y haciendo guardar la Constitución y las leyes". Así lo había definido de antemano la carta fundamental; ¿cómo podríamos nosotros definirlo mejor?

El mismo se sentía representante genuino de **aquello** "Si me complazco con vosotros, dijo al saber su elección, es porque celebráis el triunfo del principio conservador".

Obrero incansable del progreso material y moral; fanático por la instrucción pública y el adelanto de las ciencias; reformador de la legislación civil; liberal avanzado en materias económicas y sociales; devoto, pero tolerante en religión, su férreo doctrinarismo sólo era inflexiblemente conservador en el orden político. En sus manos, la tradición de Portales pudo alguna vez correr el peligro de romperse, pero nunca el de doblegarse.

La dominación absoluta e impersonal de la autoridad era en él una especie de religión: la idea de un Gobierno de partidos era completamente extraña a su mentalidad. Por otra parte, esa idea no vino a ser familiar en Chile sino algunos años más tarde, merced al desarrollo paulatino del parlamentarismo. Hasta ese tiempo, la existencia misma de partidos, de facciones en lucha, era considerada como un fenómeno funesto, síntoma de anarquía espiritual o de caudillaje. En esto los hombres de la escuela de Portales y Montt era también, sin saberlo, herederos de la tradición monárquica española. Los mismos liberales de la época tenían o afectaban un criterio análogo: ningún Gobierno se habría atrevido a decirse "de partido", es decir, vinculado a un grupo político, a quien debía ventajas especiales en pago de su apoyo.

Por eso los hombres formados en otros regímenes, se espantan a veces de los que ellos llaman "la incomprensión de don Manuel Montt" en la época inicial de la fronda de 1856.

Sin decirlo, ni confesarlo, sin siquiera darse cuenta de su pensamiento, muchos de los magnates pelucones habían creído triunfar "como partido", llevando a la Presidencia a su jefe.

Por virtud de los acontecimientos mismos, la lucha en el fondo "partidarista" iniciada en 1849, llevaba en sí los gérmenes de la fronda. Existía ya un equívoco original. Los unos entendían que el nuevo Presidente iba a gobernar "con los pelucones"; el otro, que iba a gobernar "sobre los pelucones" como sobre el país entero. Montt no se imaginó jamás haber triunfado como jefe de un partido, sino como heredero y representante de un principio que era el de ese partido, y nada más.

No llamó, por supuesto, a sus adversarios al poder, ni intentó con ellos coaliciones o arreglos de ningún género. Con la misma independencia obró respecto de sus amigos. Los Ministerios y los altos cargos públicos fueron provistos con hombres de su personal confianza que le parecieron más aptos o más dóciles, sin curarse ni de los matices de su opinión política, ni de su rango social, ni de su influencia o prestigio ante la clase dirigente. Por supuesto, no eligió sus consejeros entre los que combatían sus ideas; pero prescindió mucho más de lo que se cree de la filiación política de sus auxiliares, sobre todo cuando se trataba de individuos de mérito excepcional, como don Miguel Luis Amunátegui o don Salvador Sanfuentes.

En la selección de su personal de Gobierno, don Manuel Montt hubo de sacrificar a veces sin sospecharlo, altos y merecidos prestigios, y prescindir de ambiciones más o menos justificadas. Si prefirió con frecuencia a hombres desconocidos, sin antecedentes políticos, sin figuración social, no hizo con ello sino continuar la gran tradición conservadora, que todos podían olvidar menos él mismo y su principal colaborador en el Gobierno, porque a ella debían ambos su propia elevación.

Pero comenzaban a alborear ahora nuevos tiempos. Desde 1830 hasta 1850, la aristocracia se había resignado a su papel de apoyo sumiso y silencioso del poder. La seguridad de sus intereses y el oropel de la figuración social o parlamentaria habían bastado por cuatro lustros a satisfacerla. Pero, ahora, quería algo más que "reinar sin gobernar".

El Presidente no era ya para los magnates un poder superior, custodio del orden y de todos los derechos, y antes el cual debían inclinarse por tradición o interés: comenzaban a considerarle algo como su hechura. ¿No eran acaso las influencias aristocráticas, las que decidieron el ánimo de Bulnes?

Pero estos amagos de fronda latente no salieron a la superficie, y los cinco años del primer período del decenio transcurrieron en serena tranquilidad. Fué una época de activa y eficaz labor administrativa, y de extraordinario progreso económico. "La nación, dice Arteaga Alemparte, se adormeció en el seno de la prosperidad pública". La frase es elegante, pero cabe preguntar, si antes de 1851 no estaba también dormida. Era sólo el "gran silencio" que continuaba aún. Ni la fronda de 1850, ni los pronunciamientos de 1851, lo habían interrumpido, sino en apariencia. El pequeño grupo parlamentario y aristocrático que comenzaba a titularse partido liberal, parecía muerto.

"El triunfo definitivo del Presidente Montt, dice Barros Arana, produjo al cabo de pocos meses la más absoluta tranquilidad. Apenas se hablaba una que otra palabra de política. El partido opositor fué enteramente aniquilado... Habían desaparecido hasta los últimos vestigios de las pasadas agitaciones".

Los rozamientos y descontentos no se traducían sino en inofensivas murmuraciones de salón en que, como es natural, los vencidos de 1851 llevaban la voz cantante. Algunos de ellos se dedicaron a explotar hábilmente los desengaños pelucones; pero, puede afirmarse que hasta la víspera del conflicto teológico, la aristocracia no parecía menos sumisa que las provincias. Don Manuel Montt continuaba inspirándole confianza, si no afecto.



El Ministro Varas provocaba resistencias más visibles: se le reprochaba su acritud pedagógica y altanera, la aspereza de su trato, su origen provinciano y lo sospechoso de su ortodoxia. Podía tolerársele como Ministro, pero cuando su personalidad comenzó a acentuarse como la de un posible candidato a la Presidencia, hubo verdadera alarma en el mundo feudal y devoto. Pero, aunque don Manuel Montt no se resignó a sacrificar en aras de los terrores aristocráticos al más útil e inteligente de sus Ministros, el descontento no llegó por entonces a exteriorizarse en una fronda siquiera tímida.

Había sí algún combustible preparado, cuando el conflicto eclesiástico produjo el incendio. No fué el fervor religioso la única causa de la rebelión tory de 1857; hombres como don Diego Barros Arana o don Aníbal Pinto no rompieron con el Gobierno por devoción.

## XVI

### **Antecedentes del conflicto teológico**

El verdadero historiador no juzga los acontecimientos, clasificándolos en benéficos y perniciosos. No es posible someter a proceso lo que ha ocurrido, para sentenciar, por ejemplo, diciendo que el mundo habría ido mejor por otro camino. A lo más podemos llevar la filosofía hasta distinguir entre lo que ha sido accidente y lo que ha sido fatal en el curso de las evoluciones humanas.

El empobrecimiento gradual de las creencias religiosas de la civilización cristiana, durante los últimos siglos, es un hecho y únicamente como tal debemos considerarlo. Ni siquiera podemos afirmar cuándo comenzó el fenómeno: en cierto sentido, el hombre "envejece" desde que nace, y con las sociedades ocurre algo parecido. Ya el movimiento franciscano del siglo XIII, y la reforma del siglo XVI, fueron evoluciones humanitarias o racionalistas de la creencia. En

el siglo XVIII la irreligión hizo grandes progresos. Ese movimiento se tradujo, cuando no en rebeldía franca, a lo menos en indiferentismo o tibieza. El espíritu de España, bajo Carlos III, Aranda y Campomanes, ya no era el de Felipe II; la Inquisición misma se había liberalizado. Aquí en las colonias, aún antes de la Independencia se nota algo de lo mismo. Don Diego Barros Arana ha recogido muchos datos que lo prueban. Entre ellos hay uno muy elocuente porque se traduce en números: la escasez de las vocaciones religiosas era ya casi tan pronunciada en 1800 como en 1900, y esto en una sociedad pobre, sin grandes halagos terrenales.

La rapidez con que se propagó después de la revolución el espíritu de rebeldía contra la Iglesia, demuestra que él tenía raíces más antiguas. La hostilidad de la mejor parte del clero no puso obstáculos serios al movimiento separatista. En los años siguientes, los progresos de la indiferencia religiosa son más visibles. Durante las turbulencias de la era pipiola se produjeron casi espontáneamente hechos sociales y actos públicos que reflejan el nuevo estado de los espíritus; los límites de este trabajo me impiden recordarlos en detalle.

Es verdad que en la superficie de las cosas y hasta muy entrado el siglo XIX, la religión católica aparecía dominando en Chile sin contrapeso. La sociedad aristocrática, vinculada estrechamente al alto clero y mejor instruida en los principios religiosos, continuaba siendo casi en su totalidad católica. La devoción del bajo pueblo, aunque instintiva y un tanto supersticiosa, no parecía menos viva. El indiferentismo o la irreligión comenzaban, sin embargo, a hacer prosélitos, más o menos declarados, sobre todo en la clase media y entre los artesanos que habían adquirido cierto barniz de ilustración.

No es posible apreciar exactamente la intensidad de este último fenómeno; pero algunos hechos sugestivos prueban su existencia, y su robustez relativa, aún después de 1830, cuando "el gran silencio" se produjo. En 1835, los filopolitas creyeron ganar en popularidad, haciendo mofa de la devoción del Ministro Tocornal. Diez años más tarde, una juventud entusiasta aclamaba a don Francisco Bil-

bao, autor de un escrito condenado por blasfemo, y en 1850, algunos artesanos de la capital hicieron coro a ese mismo agitador, cuyas doctrinas aparecían repudiadas por el propio liberalismo aristocrático.

En muchas provincias la indiferencia religiosa era marcada. Las iglesias de Copiapó, Valparaíso y Concepción permanecían desiertas aún los domingos. Al hacerse cargo del obispado de esta última ciudad, don José Hipólito Salas encontró hasta en las damas de mejor tono, resistencias a cumplir con sus deberes religiosos. Según el arzobispo Valdivieso, en 1856 el Intendente de Talca era impopular por considerársele amigo de frailes y apegado a las prácticas devotas.

Era un movimiento espontáneo, común a todos los pueblos cristianos, independiente de la política activa, y que se había producido, a lo menos en Chile, sin que existiera propaganda organizada que lo activase. Los Gobiernos, antes y después de 1830, deseaban todos vivir en paz con la Iglesia.

Por otra parte, la tibieza general alcanzaba al clero. Los sacerdotes desempeñaban su ministerio en forma desmañada y rutinaria y sin apelar tampoco a los medios modernos de propaganda. Hasta la época de Montt no hubo propiamente un solo periódico religioso de lucha: la misma "Revista Católica", de circulación muy restringida, sólo se ocupaba muy de tarde en tarde de asuntos de actualidad o controversia. Las congregaciones religiosas arrastraban una vida lánguida y ociosa. Los frailes vivían cómoda y regaladamente, sin sujetarse siempre a la clausura, y sus costumbres fueron más de una vez piedra de escándalo. Existía entre los frailes un marcado espíritu de rebelión jerárquica y hasta dogmática: en 1850, Bilbao excomulgado por el arzobispo, fué recibido en triunfo por la comunidad de San Agustín.

Tal era, en líneas generales, el estado religioso del país, cuando en 1845, vino a ocupar la silla metropolitana de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso y Zañartu, uno de los hombres más ilustres y de más decisiva acción que

recuerda nuestra historia. El nuevo arzobispo puso al servicio de la causa católica los ardores de un celo apostólico jamás igualado en Chile, y las energías de una voluntad indomable.

Aquel hombre de hierro, inflamado en un pensamiento único, tenía que ponerse tarde o temprano en pugna con el espíritu del siglo, y, por ende, con las autoridades civiles, atentas sobre todo a los intereses terrenos, inspiradas en las fórmulas del derecho laico, y cuyo celo por la causa de Dios era por lo menos sospechoso de tibieza.

La unión entre la Iglesia y el Estado, tal como la habíamos heredado de España, suponía un estado de alma social muy diferente. La Iglesia, corporación de derecho público, gozaba de autoridad y privilegios aún en el orden temporal; los sacerdotes eran sólo justiciables ante los tribunales eclesiásticos; la constitución civil de la familia se regía por el derecho canónico y estaba sometida a la jurisdicción de los obispos, sólo era permitido en el país el culto católico, etc., etc. En cambio, el Gobierno tenía intervención en el nombramiento de los prelados, y las leyes de la Iglesia sólo eran obligatorias en virtud del consentimiento del poder civil.

Estos dos últimos derechos: el "patronato" y el "exequatur", comenzaron a ser resistidos por el clero de muchos de los países en que existía, desde que fué visible la creciente tibieza religiosa de los nuevos Gobiernos burgueses: este movimiento que pretendía a la vez la conservación de los privilegios civiles y políticos de la Iglesia y su absoluta independencia del poder civil, fué lo que se llamó ultramontanismo.

En Chile la nueva doctrina, resistida al principio por la casi unanimidad de la opinión laica y por la mayor parte del mismo clero, fué poco a poco ganando terreno en los círculos más devotos. El ilustre arzobispo de Santiago, cuyo carácter dominador e independiente se avenía mal con las cadenas regalistas, en las que vislumbraba a la vez un peligro para el porvenir de la Iglesia, se convirtió muy luego en el jefe reconocido de los "ultramontanos".

La paz político-religiosa no fué, sin embargo, alterada

por de pronto. Contribuyó a ello en buena parte la prudencia de los gobernantes, la sincera religiosidad de algunos de ellos, y el cuidado especial que puso el Presidente Montt por satisfacer los deseos de la Iglesia en todo lo que le parecía compatible con el espíritu de las instituciones modernas. Así lo hubo de reconocer en 1857 el mismo señor Valdivieso.

No se pudo evitar, con todo, que de tarde en tarde surgieran conflictos teológicos que, aunque de orden secundario, y satisfactoriamente resueltos, auguraban ya la posibilidad de luchas más graves. Insignificantes accidentes de carácter eclesiástico eran explotados por una prensa que en general apenas se curaba de disimular su hostilidad al clero, mal disfrazada de celo regalista.

Tales ataques, no siempre justos ni comedidos, revelaban un estado de los espíritus que era ya en sí mismo una amenaza para la paz de la Iglesia en lo futuro. Los magnates más devotos de Santiago comenzaron a agruparse alrededor de su arzobispo y en actitud defensiva. Eran los primeros gérmenes del nuevo partido conservador católico.

Los ultramontanos, como se les decía entonces, no se manifestaban hostiles al Presidente cuyos sentimientos religiosos conocían muy bien; pero era sin duda la fracción devota de la aristocracia la que mostraba más enconadas resistencias contra don Antonio Varas y su probable candidatura presidencial.

Era con efecto imposible que la honda crisis religiosa que venía acentuándose en la sociedad desde largos años atrás, dejase tarde o temprano de introducir perturbaciones en el orden político, aquí en Chile como en todos los países de la cristiandad. Por de pronto, la Iglesia, sumisa hasta entonces al Gobierno civil, comenzaba a alzarse frente a la omnipotencia del poder como una fuerza espiritual independiente, con gran arraigo en el alma nacional, y cuya influencia los contemporáneos de todos los credos se sentían más bien inclinados a exagerar. Ya antes de 1856 algunos pelucones comenzaban a olvidar el camino de la Moneda, por el del palacio arzobispal.

Don Manuel Montt divisó el peligro con mucha mayor claridad de lo que pudiera creerse: pero fué incapaz de conjurarlo. La voluntad y el talento de un hombre, por ilustre y poderoso que sea, nada pueden contra las fatalidades de la historia, sobre todo cuando ellas tienen su origen en hondas y espontáneas transformaciones de la conciencia social.

Muchos años más tarde, el ilustre estadista solía decir que, sin su reelección en 1856, las fuerzas conservadoras del país habrían mantenido su antigua unidad. Pura ilusión: un accidente como ese no era capaz de torcer el curso de la historia. ¿No fué acaso el deseo de reconstituír aquella unidad, lo que le llevó al sacrificio de Varas en 1861? Nada se hubiera ganado con adelantar el acontecimiento. Al contrario: todo hace creer que en 1856 no había sino un hombre que mereciera todavía la común confianza de los conservadores laicos y ultramontanos, y ese hombre era precisamente don Manuel Montt.

En todo caso, su reelección en 1856 se llevó a cabo sin sacudimientos ni protestas: todo el mundo la sabía inevitable. La capital designó como electores a los grandes dignatarios del peluconismo de todos los matices; pero, al hacerse en agosto el escrutinio de segundo grado, aparecieron dos votos dispersos: uno por don Fernando Lazcano y el otro en blanco. Esos votos, la primera manifestación pública del clericalismo político, fueron como las nubecillas precursoras de una tempestad que no tardaría en desencadenarse.

## XVII

### La fronda Ultramontana

En historia sólo aparentemente los grandes efectos provienen de pequeñas causas. La "cuestión del sacristán" no fué, por tanto, como se ha dicho, el origen de nuestros con-

flictos político-religiosos. Aquel incidente, de carácter casi doméstico, sirvió sólo de pretexto al estallido de pasiones que existían ya en un estado latente.

Con motivo de la suspensión de un sirviente de la Iglesia Metropolitana de Santiago, se produjo en 1856 un conflicto de atribuciones entre el Sacristán Mayor de la Catedral y el Cabildo Eclesiástico. El Vicario de la Arquidiócesis dió la razón al primero; pero los canónigos no se conformaron con este fallo, e interpusieron apelación ante el Obispo de La Serena, negándose, entre tanto a dar cumplimiento a la sentencia. El Vicario los privó entonces del ejercicio de su ministerio sacerdotal y la apelación sólo les fué concedida en "el efecto devolutivo", es decir, que ella no importaba la **suspensión** de la sentencia.

Dos de los canónigos acudieron entonces a la Corte Suprema "en recurso de fuerza". La legislación española concedía a los tribunales civiles el derecho de declarar que las sentencias eclesiásticas "hacían fuerza", cuando sobrepasaban los límites de la jurisdicción canónica, o no se habían respetado en la causa las leyes de procedimiento.

La Corte Suprema declaró que la sentencia del Vicario de Santiago "hacía fuerza" en cuanto no había concedido en ambos efectos la apelación interpuesta por los canónigos.

El Arzobispo se negó a dar cumplimiento a la sentencia de la Corte, que estimaba atentatoria a su poder espiritual y fué apercibido por este alto Tribunal con la pena de destierro y ocupación de sus temporalidades, en el caso de que persistiese en su "rebeldía".

El señor Valdivieso acudió entonces al Presidente de la República como "protector constitucional de la Iglesia". Dentro del orden jurídico, el Ejecutivo no podía dejar sin cumplimiento un fallo de los tribunales de justicia, y así lo hizo presente el Ministro de Justicia al Arzobispo, con prudencia e infinito tacto. Pero, al mismo tiempo, tanto el señor Varas, como algunos de los mejores amigos del Gobierno, se esforzaron activamente en poner término al conflicto por otros medios, y al fin consiguieron que los canónigos se "desistieran" por propia voluntad de su querella.



Así se puso término a la "cuestión del sacristán". "Ojalá no la hayan enterrado viva", dijo en la prensa don Vicente Reyes, joven y cáustico periodista afecto a la administración. Y "viva" en realidad la habían enterrado.

Porque, entre tanto, los incidentes que acabamos de recordar habían producido en la capital una inmensa agitación.

La prensa laica, encabezada por "El Ferrocarril", órgano del varismo, aprovechó desde el primer momento el conflicto teológico para emprender una campaña violenta contra el fanatismo del clero y la soberbia ultramontana del arzobispo", a quien se pintaba con los colores de un rebelde, enemigo de la soberanía del Estado y del orden público.

En aquellos desbordes periodísticos había sin duda algo de "doctrinarismo" sincero; pero los alentaba también el interés político.

El círculo más allegado a la Administración se componía en buena parte de juristas imbuídos en el espíritu regalista español de la época de Aranda y Campomanes, y de jóvenes inspirados en cierto liberalismo religioso de carácter más moderno. Pero además, ese grupo era ante todo el de los amigos de don Antonio Varas. Sabían muy bien que la probable candidatura presidencial de este distinguido estadista, encontraba sobre todo resistencia en la sociedad devota y linajuda. Si la "cuestión del sacristán" lograba producir un distanciamiento entre el Gobierno de don Manuel Montt y los círculos clericales de la aristocracia, ello no podía sino mejorar considerablemente las expectativas de Varas. De allí el empeño de la prensa afecta a este ilustre hombre público por arrojar combustibles a la hoguera de las pasiones doctrinarias. La solución pacífica y amigable del conflicto, aunque provocada por las gestiones del mismo señor Varas, causó en los amigos de éste un despecho que no consiguieron disimular.

En el campo opuesto, la sentencia de destierro del arzobispo, pronunciada por la Corte Suprema, produjo, como se concibe, una verdadera tempestad. La casa del ilustre prelado se vió invadida por la sociedad y el pueblo, en ac-



titud de amenazadora protesta. Las señoras de Santiago declararon que cubrirían las calles con sus cuerpos, para evitar la salida del señor Valdivieso. Como veremos más adelante, las frondas políticas estaban mezcladas también en este movimiento, o deseaban al menos aprovecharse de él.

El vulgo no entiende de división de poderes, ni de fórmulas jurídicas o constitucionales: todos los Poderes Públicos se identifican para él con el Gobierno; era, pues, don Manuel Montt quien desterraba al Arzobispo.

La solución del conflicto puso término a la alarma pública, pero no logró evitar las transcendentales consecuencias de lo ocurrido.

El señor Valdivieso declaró noblemente que estaba satisfecho de los procederes del Gobierno y de "su benignidad para con su persona". El ilustre Arzobispo era abogado y sabía que dentro de sus poderes constitucionales, el Ejecutivo no pudo ir más lejos en su favor de lo que fué.

Pero la contienda se había trabado y esto es preciso recordarlo bien, no entre el Presidente y el Arzobispo, sino entre los círculos varistas y laicos por una parte y la aristocracia devota por la otra. Ambas tendencias estaban ya espontáneamente cristalizadas en grupos definidos y hostiles. Cualquiera que fuese la línea de conducta que don Manuel Montt adoptare en lo sucesivo, ya en favor, ya en contra de la candidatura e influencia de Varas, tendría forzosamente que ponerle en choque, con el uno o el otro de esos círculos divididos ahora por un odio implacable.

Sin que nadie lo hubiera declarado oficialmente, existía ya a fines de 1856, y por generación espontánea, el partido conservador católico, y también por contraste, el partido gubernamental laico. La vieja unidad pelucona se había roto, y **para siempre.**

Es cierto que la fronda tory y ultramontana no apareció al principio teñida exclusivamente con este último carácter. Entre los pelucones descontentos de 1856, algunos nada tenían de devotos, como don Aníbal Pinto, don Diego Barros Arana, don Alejandro Reyes, etc. Pero no eran por eso menos hostiles a Varas. Cuando con el tiempo, se acentuaron las tendencias religiosas que fueron desde el princi-

pio el alma del partido "conservador" los hombres de otras ideas que figuraban en él fueron insensiblemente allegándose a los restos de la fronda de 1849, y acabaron por figurar entre los "liberales".

Porque esa fué la consecuencia más transcendental del conflicto de 1856. Existió desde entonces una "idea" política capaz de ser comprendida por la opinión vulgar. El sentimiento religioso, positivo o negativo, es común a todos los hombres, cualquiera que sea su estado de cultura. En 1830, el sistema de Portales se había impuesto fácilmente a un país indiferente, acostumbrado por tradición a la obediencia pasiva, y que no estaba en condiciones de apasionarse, ni por derechos políticos, ni por doctrinas sociales o filosóficas. La masa de la República carecía, pues, de opinión, y el absolutismo pudo dominar sin contrapeso.

Pero había surgido ahora un problema que a todos interesaba en mayor o menor grado, y a los pequeños casi con la misma intensidad que a los grandes. En el orden religioso cada habitante del país estaba clasificado de antemano, porque aún la indiferencia o la tibieza eran ya una característica, a **lo menos negativa**. El hecho de **no** comulgar con las ideas del catolicismo militante comenzó a imprimir carácter poco a poco; y, a medida que transcurrieron los años, esa negación se transformó en una afirmación de principios, base del sentimiento "liberal" del porvenir.

La cuestión religiosa contribuyó, pues, a "democratizar" nuestra política. Por muchas décadas, y hasta que surgieron los problemas sociales y las luchas de casta ella fué la única que el país comprendió de veras. Aún en tiempos muy vecinos a los nuestros, todavía se designaba con el nombre sugestivo de "problemas **doctrinarios**" los que tenían relación con el sentimiento religioso. Los demás por importantes y transcendentales que fuesen, "no merecían" ese nombre: estaban fuera del alcance de la mentalidad del electorado.

Esa lucha "doctrinaria" fué lo que puso término al "gran silencio" de la opinión, y preparó, desde su origen, las futuras y ya cercanas evoluciones que iba a experimentar nuestra República "en forma".